

Bachillerato

Nautilus

Cuentos Cortos

En otro planeta

En la otra punta de la galaxia, alrededor de una estrella, orbita un único planeta de lo más peculiar.

Por fuera no es más que una esfera de un color u otro, según desde donde se vea. En realidad, no es más que la superficie líquida del astro, una espesa capa en la que se encuentran las raíces de los árboles autóctonos, que cuelgan hacia abajo, hacia la siguiente capa. Allí, sus frondosas copas ramifican pegadas al suelo. En estas, brotan unas flores que darán lugar a un fruto muy especial, que una vez recogidos por los habitantes del planeta, subirán a la superficie, donde flotarán hasta que los reclamen.

Los encargados de su transporte hasta el vasto océano son unas criaturas cubiertas de escamas y con alas, que viven en armonía con la otra especie dominante. Ambos son seres inteligentes, que disfrutan haciendo su trabajo y que habitan en comunidades en el interior de los inmensos troncos. Su color de piel o de escamas varía, al igual que el del planeta, según el del fruto que toque cada estación del año.

Al vivir en un lugar como aquel, en el que no hay ni días ni noches, la producción no para nunca. Y es que, este fruto es lo que nosotros llamamos sueños, algo simple e importante, muy demandado, que se envía a su destinatario a través de las estrellas fugaces, repartidas por todo el universo.

Supongo que este planeta se merece, como los de nuestro sistema solar, el nombre de un dios romano, que será sin duda Somnus.

Pero nuestra fábrica de deseos y esperanzas tiene un gran secreto: son contadas las vidas inteligentes de nuestro universo que algún día soñarán con este magnífico y acogedor lugar.

Solo aquellos que inventen palabras, mundos, criaturas, historias, que sepan distinguir entre fantasía y realidad, solo ellos podrán visitar el reino de los sueños.

Entre algodones

Era una mañana fría y con niebla, las únicas que había en aquel lugar. Se levantó y fue a desayunar. Como todos los días, observó desde la ventana el paisaje, y pensó que tenía la casa más bonita del mundo. Era su remanso de paz sobre aquel planeta que veía desde las alturas. Nunca había salido de allí, no conocía nada más que lo que veía desde su peculiar hogar, y no necesitaba nada más. Tenía todo cuanto quería: tiempo para relajarse, para disfrutar, divertirse... Aunque lo que más le gustaba era su trabajo, que consistía en conducir su hogar allá donde el viento le llevase. Era maravilloso y había atravesado medio mundo, viendo y observando la vida y cultura de la gente desde las alturas. Le impresionaba la forma de vida de estas personas, y se preguntaba cómo sería ver las cosas desde ahí abajo.

Sus pensamientos eran su mejor compañía, bueno, a decir verdad, eran su única compañía. Seguro que la gente pensaría que es esta una vida solitaria y deprimente, pero él no estaba de acuerdo con lo segundo, era independiente, podía hacer lo que quería cuando quisiese él solo. Era feliz, en aquel reino particular suyo que compartía de una forma peculiar con el resto del mundo. Y es que él había visto muchas casas, desde pequeñas chozas hasta palacios, desde granjas hasta rascacielos, muchas como la suya, cambiante y en constante transformación, a gusto del inquilino. Si los que viven abajo

no ignoraran su presencia, si fuesen conscientes de la vida que lleva, desearían estar ahí en su lugar. Disfrutando de su hogar, es decir, de su nube. O de su vida entre algodones.

Aventuras

Cada vez que cerraba los ojos para evadirse de aquel mundo suyo, tan inapetente, monótono y vacío, veía ante sí un extenso mar. Un mar de posibilidades y aventuras.

Soñaba con historias y leyendas, con cuentos de hadas y piratas, con cosas imposibles, inalcanzables y maravillosas. Con mundos llenos de criaturas fantásticas: dragones, brujas, gnomos, elfos, duendes, sirenas....

Mundos donde la vegetación se extendiese como el océano, más allá de lo que alcanza la vista. Mundos en los que podría ser quien él quisiese y vivir odiseas.

Podría dejar volar su imaginación. Sobrevivir en una isla paradisíaca. Recorrer los lugares más recónditos y conocer singulares compañeros de viaje. Surcar los siete mares, bucear en aguas profundas, flotar en la inmensidad del océano, sobrevolar los más bellos amaneceres, andar sobre las nubes, contemplar la estrellada bóveda celeste, viajar en el tiempo, hablar con los animales. Ver las más variadas plantas y flores, los más pintorescos pueblecitos costeros, los más visitados y concurridos enclaves, los más frondosos y peligrosos bosques repletos de bestias....

Podría hacer y ser todo lo que nunca había sido, o mejor dicho todo lo que nunca pudo ser. Por eso le gustaba pensar que todos esos mundos eran reales y que el suyo era simplemente una prisión para la mente, que no era más que un sueño del que pronto se iba a despertar. Una pesadilla muy real de la que algún día conseguiría escapar. Y poder así recorrer todos y cada uno de esos extravagantes mundos.